

LA DOCTRINA DEL «DESPOJAMIENTO ESPIRITUAL» EN SANTA TERESA DE JESÚS

Por ELENA CALDERÓN DE CUERVO*

1. Deslindes preliminares

Sin lugar a dudas, el gran tema de Teresa de Ahumada es la oración. Y al punto tal que el asunto de la oración circula, y algunas veces sin demasiado orden, en todos sus escritos. Tanto en el *Libro de la vida*¹, como en *Camino de perfección* vemos a la santa discurrir sobre qué cosa sea la oración y cómo deben las almas proceder, según su experiencia, para ser almas contemplativas, entendiendo por contemplación el punto más perfecto de la oración. *Castillo interior* o *Moradas* es ya la obra cumbre sobre el problema de la oración y de la unión mística.

Se puede afirmar, entonces, que las referencias a ese otro estado de la conciencia en el que la persona advierte a través de una serie de signos, la expoliación de su propia subjetividad no son ni suficientes ni claras. Aún con todo, en los primeros capítulos de *Las Moradas* hay muchas ideas que se refieren a lo que Teresa alude como a los comienzos en el proceso unitivo. Incluso en un texto fundamentalmente narrativo como es el *Libro de las fundaciones* no deja Teresa de hacer referencia a

* Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

1. Se han tomado todos los textos de la edición de la BAC, *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*, edición preparada por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y Otger STEGGINK, Madrid, BAC, 2015. Se sigue también la obra de estos dos autores: *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, BAC, 1977.

las dificultades que conlleva la búsqueda de la unión con Dios por medio de la oración.

José López Navarro publicó en 1980 una suerte de antología de textos donde la santa describe los conflictos que acarrea la oración mental y sobre el modo de vencerlos. Quizá sea este texto el que haya inspirado la idea de poder transitar sobre un punto más neurálgico en las disquisiciones de Teresa: tratar de identificar entre sus escritos cual sea para ella la doctrina y el método del «despojamiento espiritual», paso obligado y consciente para que la oración se abra hacia la vía unitiva.

En este sentido, se han elegido textos de la *Vida* que se refieren a sus experiencias de los años 1535 y 1555, es decir de sus veinte a sus cuarenta años. Durante este período, Teresa, monja en el convento de la Encarnación de Ávila lucha contra sus dificultades, se distrae con sus pensamientos, le abruma hasta pensar que tiene que entrar en el oratorio para hacer un rato de oración; la imaginación –lo dice ella misma– «no le sirve para nada». Así es que su único recurso es abrir un libro, leer pausadamente y comenzar poco a poco a preocuparse en el Señor; otras veces se está quieta, como sin pensar en nada, ante un Crucifijo, mirándole.

Los datos biográficos, sobre todo los que hacen referencia a su proceso espiritual, se completan con otras obras suyas y con sus cartas.

El *Libro de la Vida*, que fue el primero que escribió y que alcanza hasta 1562, tiene una segunda redacción de 1565 hecha con el fin de orientar a sus confesores, impresionados ante la variedad de fenómenos místicos que le sucedieron a partir de los cuarenta años y que precedieron a la fundación de su primer monasterio reformado, el de San José en Ávila en agosto de ese mismo año. Esta segunda parte –por así llamarle– de *La Vida* es una extenso examen de conciencia y por eso no quiso Teresa que se publicase ni que lo leyeran sus hijas carmelitas estando ella en vida.

Camino de perfección es de 1563², es el segundo libro que escribió la Santa con el fin de enseñar a sus descalzas el camino de oración. También se han incluido en este trabajo otros escritos, en los que el problema del despojamiento espiritual se ve más como una sombra que proyecta el gran tema de la oración, como lo es su *Primera Cuenta de conciencia* que es un texto breve, y según Pedro Antonio Urbina, anterior a *Vida*. Por último se ha utilizado un texto escrito por la madre Teresa entre

2. De este texto se conservan tres autógrafos: uno está en la Biblioteca de El Escorial y otro en el Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Valladolid. Como son relativamente distintos en giros y frases, se suele reproducir el segundo, de Valladolid, porque fue corregido por la misma Teresa. El tercer manuscrito es el de Toledo y está basado en el de Valladolid pero presenta numerosas correcciones hechas por otras personas que prepararon la edición de Portugal en 1583, a un año de la muerte de la Santa.

1566 y 1567 que fue editado por Fray Luis de León en 1588 con el título de *Exclamaciones*³.

Sin embargo, no se puede, en principio, estudiar a Teresa de Cepeda y Ahumada y particularmente en la perspectiva en la que se la ha querido abordar, sin recurrir a la historia y al tiempo en que vivió. Habrá, entonces que recuperar ciertos rasgos epocales, o síntomas más que rasgos, con los que se va despidiendo la Edad Media al menos en España, fundamentales para encuadrar el mensaje tereciano:

1. Cientificismo racionalista del siglo XV y XVI, que propuso como principio de toda interpretación la razón especulativa de los fenómenos y procesos. (*Ratio studiorum*, *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola y hasta su *Anima Christi*).

2. *Devotio Moderna*: reinstaló el Cristo Histórico, Dios y Hombre a un tiempo, atacado ya sea en su humanidad como en su divinidad por las herejías de la época. *No me mueve mi Dios para quererte*, conocido como Soneto a Cristo Crucificado, atribuido a San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola y a Santa Teresa de Jesús. Carreño se lo atribuye a un mexicano Fray Miguel de Guevara, Montoliu lo enlaza con Lope de Vega. Sister Mary Cyria Huff lo considera anónimo igual que Marcel Bataillon, quien reconoce que este soneto es un momento de la espiritualidad Cristocéntrica, un eslabón «avilano» (santos de Ávila) de la cadena que une la escuela italiana de los *spirituali* y del *Beneficio de Cristo* con la escuela del *Puro Amor* que florece en la Francia de Luis XIII.

3. Espíritu de marcado desencanto de la vida: tan bien expresado en las coplas de Jorge Manrique⁴ a la muerte de su padre, maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique:

3. Todos estos textos están en la edición mencionada supra de la BAC. *Exclamaciones* es un pequeño librito escrito, según nos dice Fray Luis de León, su primer editor, en diferentes ocasiones después de comulgar, «según el espíritu que le comunicaba el Señor». Consta de 17 exclamaciones del alma a Dios.

4. Partidario de Isabel, muere a causa de las heridas sufridas en un combate contra el duque de Villena.

«Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando;

[...]

Pues si vemos lo presente
como en un punto es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe, no,
pensando que ha de durar lo que espera
más que duró lo que vio,
porque todo ha de pasar
por tal manera

[...]

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos:
de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen;
de ellas por su calidad
en los más altos estados
desfallecen.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura
cuando viene la vejez
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,

todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

[...]

Los estados y riqueza
que nos dejan a desora
¿quién lo duda?
No les pidamos firmeza
pues que son de una señora
que se muda,

[...]

Así que no hay cosa fuerte,
que Papas y emperadores
y prelados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

[...]

¿Qué se hizo el rey don Juan?
¿Los infantes de Aragón
qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿qué fue de tanta invención
como trujeron?

[...]

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados , sus vestidos,
sus olores?
¿qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿qué se hizo aquel danzar
y aquellas ropas chapadas
que traían?

[...]

El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales;

mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros».

4. Erasmo y su espiritualidad neo-pelagiana en el sentido de favorecer un cierto voluntarismo. El resurgimiento y posterior difusión de esta herejía se debía en gran medida al problema planteado por Lutero sobre la justificación y el libre albedrío que Erasmo no había sabido resolver con eficacia. Pelagio (354-427) como su discípulo, Celestio creían que el hombre por sí mismo, sin intervención de la Gracia y sólo ejercitando las virtudes morales y religiosas contenidas en los Evangelios, podía evitar el pecado y conquistar la vida eterna. Por ende, según Pelagio, el hombre no podía haber sido creado por Dios como un ser inferior a su destino de eternidad. El pecado de Adán era una advertencia para el hombre posterior pero no una herencia de la que no podía evadirse cada cual por sí mismo. Consideraba al bautismo un mero símbolo de iniciación cristiana, quitándole toda significación para la salvación. La Gracia era relegada a una especie de iluminación de la voluntad humana, pero sin afectarla ni transformarla. Es esta la época de los «alumbrados» tan combatidos, luego, por la Inquisición española. Por su parte, la redención de Cristo tenía como fin «invitar» al creyente a transitar una vida de virtud, sin que la misma hubiera afectado a la humanidad toda.

2. Nacimiento y primeros años

Don Alonso Sánchez de Cepeda, de ascendencia judía llamado el toledano⁵, en-
viuda de Catalina de Peso y Henao, con la que había tenido 2 o 3 hijos: Juan, María

5. En 1956, Homero SERÍS publicaba, en la *Nueva Revista de Filología hispánica*, 20 páginas tituladas «Nueva genealogía de Santa Teresa», donde establecía el origen judío de la gran reformadora del Carmelo. Ya antes, en 1946, Narciso Alonso Cortés había reproducido en el *Boletín de la Real Academia Española* el texto de los procesos abiertos por los Cepeda (Alonso Sánchez de Cepeda, padre de la santa, y sus tíos Pedro Sánchez de Cepeda, Ruy Sánchez de Cepeda y Francisco Álvarez de Cepeda) ante el tribunal de la Real Cancillería de Valladolid, para reivindicar y acreditar sus derechos de hidalguía. Por su parte, Narciso Alonso Cortés había publicado antes un extenso documento que se conoce como «Proceso de los Cepeda». En el primeo de estos procesos, Cortés establece un árbol genealógico de Teresa en el que aparecen, por su ascendencia paterna, su bisabuelo y su bisabuela, Alonso Sánchez de Toledo y Teresa Sánchez, ambos judíos. Alonso Sánchez de Toledo era un opulento mercader de paños y sedas y propietario de viñedos y casas en Toledo, padre de Juan Sánchez de Toledo, abuelo de Teresa, converso, luego apóstata y finalmente reconciliado.

y quizá Pedro. Hombre muy rico por negocios de sus padres y abuelos. Se casa nuevamente (30 años) con Beatriz de Ahumada (15 años, quien por los Dávila se emparentaba con la nobleza castellana) y tiene con esta varios hijos: Rodrigo, Fernando, Teresa, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín, Juana y Juan; «éramos tres hermanas y 9 hermanos»⁶.

Don Alonso Sánchez de Cepeda dejó escrito en uno de sus cuadernos de negocios que «en miércoles, 28 días del mes de marzo de 1515, nació Teresa, mi hija, a las 5 de la mañana, media hora más o menos, que el dicho miércoles, casi amanecido»⁷. La bautizan el 4 de abril, en la iglesia parroquial de San Juan.

«1. El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme, de edad, a mi parecer, de 6 o 7 años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados, tanta que jamás pudo acabar con que él tuviese esclavos, porque les había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la reglaba como a sus hijos.

Decía que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

2. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de 33 años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy santamente»⁸.

Sobre la persona de Teresa dirá Fray Luis de León:

«El aseo y el buen parecer de su persona y la discreción de su habla y la suavidad templada con honestidad de su trato la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el distraído y el de reformadas costumbres, los de más y los de menos edad, sin salir ella en nada en lo que debía a sí misma, quedaban como presos y cautivos de ella [...] Niña y doncella, seglar y monja [...] fue con cuanto la veían como la piedra imán con el hierro»⁹.

6. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, en adelante *VST*.

7. Nota agregada en: SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, edición y notas críticas del Padre SILVERIO DE SANTA TERESA.

8. *VST*.

9. Fray Luis de LEÓN *Vida, muerte y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*.

Conocido fue el gusto de la santa por la lectura de las novelas de caballerías, que se ofrecían como el pasto intelectual para el público lego de la época. ¿Qué gusto podía encontrar Teresa en estas lecturas? el gusto por la «aventura», según ella lo dice en *Vida* y, probablemente, la atracción ejercida en su espíritu por la expresión del valor vital de lo «noble», reflejado en sus héroes¹⁰.

De acuerdo con su relato y debido a su «vida mundana», a los 16 años su padre la pone en un Convento de Agustinas para completar su instrucción, aunque ella se manifestaba por entonces «enemiguísima de ser monja». Allí queda bajo la conducción de María Briceño (36 años), y aunque esta religiosa era un modelo que le causaba cierta fascinación, pedía «que éste don no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme». Esta idea temerosa del matrimonio asomará en la madre Teresa en varias oportunidades, como cuando les habla a sus monjas y les dice que den gracias de «la gran merced que Dios les ha hecho al escogerlas para Sí y librarlas de estar sujetas a un hombre que muchas veces les acaba la vida y, plegue a Dios no sea, también el alma»¹¹.

En 1528 muere Doña Beatriz, su madre, un tiempo después de dar a luz a un último niño Juan. Juan, el hermano mayor que había entrado en los tercios al servicio del Emperador Carlos, muere en la guerra contra Francisco I. María se casa muy joven, Fernando se va al Perú con Pizarro y Rodrigo partirá luego al Río de la Plata con Don Pedro de Mendoza. Hacia 1540 se reunirán con ellos en América, Pedro y Lorenzo.

«[...] cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor,
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor».

Pasa un tiempo breve en la casa de su tío Pedro Sánchez de Cepeda, viudo ya y que esperaba terminar la educación de su hijo para entrar de fraile. Allí se arrima a otro tipo de lecturas. Don Pedro es quien le regalará el *Tercer Abecedario Espiritual* de Francisco Osuna que tanto se señala como influencia en su espiritualidad.

En tertulias que mantiene con su tío y su hermano Antonio (quien entrará un tiempo en los dominicos) lee a San Jerónimo, y en la carta que exhorta a Heliodoro a tomar el estado religioso nota ella misma una advertencia:

10. Se puede ver algo en la novela *El caballero de Ávila* que escribieran ella y su hermano Rodrigo.

11. Nota del Padre Silverio de Santa Teresa (*op. cit.*).

«Vendrá tu hermana viuda y te abrirá los brazos; llegarán tus criados, la nodriza que te amamantó y su marido que son para ti como segundos padres, saliéndote al paso diciendo: Señor ¿a quién vas a encomendar nuestra vejez y quién nos asistirá en la muerte? ¿quién nos enterrará? Sobre todo tu madre, venerable y anciana, con la frente surcada de arrugas, los pechos lacios y débiles, también te estorbará el paso y te recordará toda la vida, desde el día que te trajo al mundo hasta ahora [...]. Toda la casa descansa en ti y está para caer [...] –pero aun así– ¿qué haces bajo el techo paterno, soldado cobarde? Aunque tu madre, con la cabellera suelta y el vestido a jirones y aunque tu mismo padre se tumbe en el umbral, pisa sobre su cuerpo [...] aquí la piedad de un hijo consiste en no tener piedad»¹².

A los 18 años, como respuesta a ese conflicto interior en el que cielo e infierno, mundo y convento van buscando su lugar, se decide a entrar en religión con la absoluta oposición de su padre, don Alonso.

«[...] que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle».

No obstante y con las palabras de ella misma: «de mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa y determinada en desearlo», dos años más tarde, en octubre de 1535 sale muy temprano de su casa, acompañada de Antonio, hacia el convento de la Encarnación que practicaba la regla carmelitana mitigada¹³:

«Acuérdaseme, a todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo ser más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor de mi padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra»¹⁴.

Pasados los primeros meses en la Encarnación, entra en una «crisis» que afecta enormemente su salud. Está prácticamente parapléjica. Hacia 1538 Don Alonso pide

12. *Ibid.*

13. El Convento de la Encarnación fue primero un Oratorio de terciarias y en 1512, teniendo como priora a Beatriz Higuera, instalan una regla carmelitana «mitigada» (heredada del Profeta Elías y de los Padres del Desierto). Recién en 1515 se inaugura el Convento fuera de la ciudad, que es donde va a ingresar Santa Teresa.

14. *VST.*

permiso para llevarla a una sanadora en Hortigosa. En 1539 vuelve a la Encarnación, pasa un período de convalecencia para caer luego en eso que ella define, con gran sentido de culpa, como «disipación». Recién hacia 1540, Teresa logra –con un gran esfuerzo de su voluntad– superar la crisis y recuperar su salud.

En 1543 tiene que regresar a la casa paterna a asistir a su padre que ya está para morir, y, según ella:

«Fuile yo a curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, a cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo»¹⁵.

Un día del año 1553, al pasar por el oratorio, Teresa vio el busto de un *Ecce Homo* que acababan de dejar allí.

«Era [la imagen de] un Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle»¹⁶.

Al efecto de la imagen del *Cristo muy llagado* se agrega, en este trance, la lectura de las *Confesiones* de San Agustín. Está por cumplir 40 años y comienza lo que ella llama su verdadera conversión religiosa:

«Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas»¹⁷.

Y escribirá más adelante, cuando complete el libro de su *Vida* que:

«Es otro libro nuevo de aquí en adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí. [...] sea el Señor alabado que me libró de mí»¹⁸.

A partir de este momento la vida de Teresa de Jesús circulará por tres carriles paralelos, que si bien se retroalimentan, progresan, al menos así se lo entiende en

15. *VST*.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

sus escritos, de manera autónoma cada uno de ellos: la reforma del Carmelo y su propagación; la oración de unión con Dios y, lo que se ha dado en llamar, la doctrina del despojamiento espiritual. De ningún modo aparece esta última como un paso previo ni necesario para la contemplación, aunque sí indispensable para la santificación:

«No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. [...] muy de ordinario me había concedido oración de quietud y muchas veces de unión que duraba mucho rato.

¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue a que Vos os deleitéis con ella y, que os vuelva a ofender después de tantos favores y de tan grandes muestras del amor que le tenéis que no se puede dudar, pues se ve claro por los hechos? Sí, hay almas así, cierto y no de las que le ofenden una vez sino muchas, que esa soy yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad y haya tenido tan excesiva ingratitud»¹⁹.

3. Doctrina del «despojamiento espiritual»

En una obrita breve, llamada *Primera cuenta de conciencia*, escrita probablemente entre octubre y diciembre de 1560 cuando Teresa tiene 45 años y se dispone a realizar su primera fundación, la santa dice:

«Pocas veces son las que, estando en oración, puedo discurrir con el entendimiento, porque enseguida comienza a recogerse el alma y a estar en quietud o en arrobamiento, de tal manera que de ninguna manera puedo usar de las potencias y sentidos, tanto es así, que si no es oír –y eso sin entender– otra cosa no puedo [...]. Me sucede muchas veces [...] que me da de pronto este recogimiento y levantamiento de espíritu que no me puedo valer y en un instante me deja [...] y me parece que se me va a acabar la vida y, así, me hace dar voces y llamar a Dios [...]»²⁰.

Y, más adelante expone:

«Me vienen algunos días –aunque no son muchas veces y dura como tres o cuatro o cinco días– que me parece que todas las cosas buenas y hervores y visiones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera no sé qué cosa buena ha habido en mí; todo me parece sueño o por lo menos no me puedo acordar de nada.

19. VST.

20. SANTA TERESA DE JESÚS, *Primera cuenta de conciencia*.

Me aprietan los males corporales en junto; se me turba el entendimiento, ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo; me parece que estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud y el gran ánimo que suelo tener queda en esto, que me parece que a la menor tentación o murmuración del mundo no podría resistir. Se me ocurre entonces que no sirvo para nada, que quién me mete en más de lo común. Tengo tristeza [...] me querría esconder donde nadie me viese, no soledad para la virtud, sino de pusilanimidad»²¹.

Determinación

Teresa pronuncia y comprende por primera vez la palabra clave con la que iniciará su aventura por esa zona roja de la consciencia, cual es el ingreso al mundo interior: determinación. En un corto capítulo de *Vida*, la palabra determinación se repite 10 veces: «importa mucho comenzar con esa libertad y determinación» «quien viere en sí esta determinación, no, no hay que temer», «y así se determine, aunque toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la Cruz»²².

Libertad, determinación y vida son tres términos asociados entre sí en el pensamiento teresiano. Es curioso aquí que Teresa se interne en un problema que era precisamente el más enervante de los temas discutidos en el seno de la Iglesia: el ser cristiano, para los teólogos, se realiza en el proceso de la justificación; el progreso en este ser cristiano consiste en ser cada vez más justo delante de Dios. Según esto, desde un punto de vista teológico, en el problema sobre la vida moral del cristiano se trata sustancialmente del orden en que participa la libertad humana en la justificación obrada por Dios. ¿En qué medida tiene el hombre libertad antes de su conversión y en qué medida sigue obrando activamente esta libertad en la conversión y después de ella, sin que se trate en este caso de una libertad y una moralidad puramente natural y humanas?

En el fondo, se trataba aquí de un problema que caía en el hombre –muy renacentista– era, por así decir, un problema antropológico y, al mismo tiempo, un problema existencial: ¿qué es el hombre y qué puede el hombre por sí mismo? ¿qué eficacia tiene lo obrado por la propia libertad para el destino y la santidad del hombre? Era determinante aquí para hallar una respuesta el papel decisivo que jugaba el pecado original: si el pecado de Adán no había cambiado nada esencial en la naturaleza humana, el hombre estaba capacitado por sus propios medios para realizar su salvación, como sostenían los neopelagianos; por otra parte y en el extremo opuesto, la doctrina de la corrupción total de la naturaleza humana a consecuencia

21. *Ibid.*

22. *VST.*

de dicho pecado sostenía que el hombre no puede hacer nada bueno por sus propias fuerzas, dejado a sí mismo solo puede obrar el mal y así lo sostenía Lutero en su escrito *De servo arbitrio*. El escotismo, a su vez, enseñaba que por el pecado original el hombre había sido privado de su destino sobrenatural y de los dones preternaturales pero que la naturaleza humana, como tal, había quedado intacta. Después, Molina y Suárez, bajo la influencia scotista, sostendrán la doctrina de que aun después del pecado original el hombre, en cuanto *natura pura*, es capaz del amor perfecto a Dios; por tanto, del amor de Dios que ama a Dios por su grandeza y santidad y no por amor propio humano. Estaban los que, siguiendo a Santo Tomás, sostenían que la corrupción después del pecado original penetra en el interior de la naturaleza humana y el doctor común enseña que el hombre para lograr el amor perfecto de Dios necesita de la *gratia sanans*, a fin de verse libre del amor a sí mismo. Los agustinianos, además, sostenían que la naturaleza humana no solo había salido herida del pecado original, sino disminuida.

En medio de este huracán que sacudía y partía la cristiandad, ¿cómo planteaba y resolvía la descalza el problema del libre arbitrio?

Estudio o consideración del alma

Si en el libro de su *Vida* es donde describe Santa Teresa los modos de oración que ella tenía y la serie de experiencias místicas por las que había pasado, explica o estudia la vía de *unión con Dios* con todas sus particularidades en *Castillo Interior o Las Moradas*, que empezó a escribir el 2 de junio de 1557, estando en Toledo y lo terminó en Ávila el 28 de noviembre del mismo año.

Santa Teresa concibe todo el desarrollo de la vida espiritual como un castillo con muchas moradas o estancias, en el centro del cual y en una estancia especial, habita Dios, Señor del castillo y al que el alma va aproximándose, pasando de las moradas exteriores a las más interiores hasta llegar al centro. Todas las moradas pueden entenderse en siete estados que como círculos concéntricos o a modo de «retable» barroco, tiene el alma que ir penetrando para llegar a la perfecta unión con Dios.

Dirá en la Moradas Primeras que allí:

«Se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas. Pone una comparación para entenderse y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios y cómo la puerta de este castillo es la oración.

1. [...] Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso a donde dice Él tiene sus deleites [*Prov.* 8,31].

Pues ¿qué tal os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdadera-

mente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios; pues El mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza [*Gen.*,1,26]. Pues si esto es como lo es, no hay para qué cansarnos en querer comprender la hermosura de este castillo: porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad que es hecho a su imagen y semejanza para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima».

Aclara a continuación:

«2. No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa no nos entendamos a nosotros mismos ni sepamos quiénes somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién Otro está adentro de ella i el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos».

Para concluir luego que

«5. [...] tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima, claro está que hay para qué entrar, pues sé es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Más habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es donde están los que le guardan y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni Quién es el que está dentro ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es».

«7. Porque en cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración, no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién pide, no lo llamo oración, aunque mucho menece los labios».

Santa Teresa parte de un estado de conciencia interior. La conciencia es siempre conciencia de algo. Esencialmente está ordenada a otra cosa, distinta de sí. Se adhiere, se junta a otra cosa y no se puede desprender de ella por completo. Aun en la auto-conciencia se refiere uno a uno mismo pero como si fuera otro. Por este motivo

se podría decir que la ley de la intencionalidad de la conciencia es la tendencia a lo extraño, a lo esencialmente otro. Lo que no es claro, de antemano, es si lo otro permanecerá siempre otro, siempre extraño.

Junto a la conciencia hay que nombrar como un elemento primordial de la existencia la voluntad. Y en la voluntad hay que resaltar, en primer lugar, la vivencia del impulso y no solo de su conciencia sino también de su origen porque el impulso puede tener un origen fisiológico o psicológico pero puede tener, también y sobre todo en este espacio, un origen divino del que, de todas maneras, también se es consciente. Junto a la vivencia del impulso está la intencionalidad del querer hacia el fin y el objeto. Todo querer se distingue esencialmente por aquello a lo que tiende: el análisis de la voluntad (determinarse) conduce a Teresa a conceptos fundamentales: 1° la conciencia del impulso al principio de una operación indica la libertad del acto, la libertad de realizar un acto o de omitirlo; 2° la conciencia de la intención indica la libertad de la elección y la posibilidad de elegir entre varios objetos. La respuesta al problema de la libertad es, en Teresa, de todas maneras, existencial.

Parte de la certeza de que está sola hundida en lo profundo de su conciencia; las relaciones que se establecen con la realidad —con lo otro, que está fuera de mí— son apariencias; son cruces momentáneos de esa conciencia con todo lo que la rodea, inclusive consigo misma. La realidad está, pero es resistente e impenetrable, y nos damos cuenta de que no podemos tener con los «otros» más que relaciones exteriores y pasajeras, aparentes inclusive. Y si alguna vez somos capaces de dirigir hacia el Otro-Dios la misma mirada profunda que nos dirigimos a veces a nosotros mismos elucubrando que el Otro tiene, como nosotros, una existencia en sí, subjetiva, nos damos cuenta que por este medio, el de la sola especulación, esa realidad es, como todas las otras, incomunicable. Entonces el sentimiento de nuestra propia soledad se redobra y se multiplica.

Dice la santa en una de las *Exclamaciones*:

«¡Oh vida, vida!, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas?, ¿qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas?, ¿qué te consuela, ¡oh alma mía! en este tempestuoso mar?».

En ese desierto ¿qué espero? Espero encontrar al «Otro» que me salve del abatimiento y de la tempestad: ya sea que me odie o que me ame, pero que de cualquier manera me dé conciencia de mí mismo en relación con todo lo demás. Sin el Otro, el ser es una conciencia cerrada a sí misma, solo saliendo de sí mismo y mirando al Otro, se da cuenta de quién se es o, al menos, de que se es único e irreductible. Porque todo los otros que me rodean, con quien comparto mi existencia, están tan «cerrados» a sí mismos y a los otros seres como yo, resulta inútil unir en el mutuo «conocimiento» dos voluntades que se saben ineptas para el conocimiento mutuo tanto la una como la otra.

Los sentimientos marcan una relación esencial de la existencia y representan una cualidad del yo. Están orientados hacia la existencia personal, propia o ajena, y van acompañados de las vivencias de los estados de ánimo correspondientes. Esto viene a expresarse en el conocer y en el querer consciente. Y la insatisfacción de la existencia en sí misma, así como se da, está radicada y es propia de cada hombre. Es esto lo que, a veces, por elección libre, lo eleva sobre su propio mundo, rompe los límites de la existencia personal limitada y halla su satisfacción en el encuentro con la trascendencia:

«Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para Sí».

De que se dé en el alma esta condición innata de la búsqueda sentimental de algo absoluto se comprende que la existencia personal, al ponerse en relación con el Otro, se perciba a sí misma una veces como carga, otras como tedio y también como un sentimiento de trascendencia después que el alma ha sido satisfecha en cuanto a su intelección y contacto.

Podríamos intentar una explicación, en términos más modernos, de esta situación de sequedad y abatimiento que Teresa señala, y no una sino muchas veces como veremos. En la medida en que el alma toma conciencia de esta imposibilidad de «conectar» efectivamente con el Otro, entra en ella una sensación de indiferencia: nada le llama la atención, nada la alegra ni la conforma. Incluso el amor queda fuera del plano puramente existencial, porque precisamente el amor necesita la comprobación de la existencia real del Otro. Esa indiferencia se parece a la muerte precisamente por su inercia (o a la manera de ver la muerte como una inercia o final del hastío). O peor aún, es una muerte en vida, peor que la muerte por el sentimiento de la presencia de una «oferta» que se nos ha hecho, que es la «Vida» (Y me parece que se me va a acabar la vida) de la cual ni en ella ni fuera de ella hay algo que venga a responder o a resultar atractivo. Hay como un desprecio o disgusto sin medida con respecto a todo y a todos, porque esa exigencia ardiente de la necesidad de darse, propia de la conciencia de la Vida, de expandirse (todo ser es expansivo) no encuentra punto en el que aplicarse y no deja, entonces, de consumirse en sí mismo y de experimentar una angustia profunda. Por peligroso que esto sea, es, en el inicio el desierto de la santa

«Lástima tengo de mí y mayor lástima tengo del tiempo en que no viví lastimada. ¡Oh, Señor! Que vuestros caminos son suaves; pero, ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros y cuando os voy a servir no hallo cosa que me satisfaga para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto y cuando bien considero mi miseria veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos.

¡Oh Dios mío, misericordia mía!, ¿qué haré para no deshacer yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor y con gran sabiduría, pues la misma sabiduría sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, se queja la voluntad, porque querría que nadie la estorbase a amaros, pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar a saber quién es su Dios, y le desea gozar y no sabe cómo, puesto en cárcel tan penosa como esta mortalidad, todo la estorba, aunque primero fue ayudada en la consideración de vuestras grandezas, a donde se hallan mejor las innumerables bajezas mías».

De allí que nuestra soledad y nuestro desierto sean –por ahora, en este estado de peregrinación y tránsito– irremediables.

«[...] vida no me seas molesta,
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte
el morir venga ligero
que muero porque no muero».

¿Por qué? Porque hay una esencia irreductible de la individualidad existencial que no podrá jamás ser desarmada, dividida ni fundida. Pero... abdicando libremente hoy a ella, por voluntad propia, dejando esa puerta cerrada, podemos, por momentos, sustituir una comunicación superficial y anónima por una viva (la Vida) y personal.

«¿Para qué he dicho esto, mi Dios?, ¿a quién me quejo?, quién me oye sino vos, Padre y Creador mío? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. Pero ¡ay, Dios mío!, ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh, vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante!, ¿quién te desearía, pues la ganancia que de ti se puede sacar o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan insegura y llena de peligros?».